

ya por las amonestaciones del mismo Orsini. Posteriormente el príncipe heredero de Prusia dijo en una carta al príncipe consorte de Inglaterra que el puñal italiano parecía haber llegado á ser una idea fija de Napoleón.

No por esto fueron menos vivos los temores de conspiraciones contra la vida del emperador fraguadas por refugiados franceses y en el mismo país; pues así lo indicaron las gestiones diplomáticas del gobierno francés para hacer inofensiva la emigración, y el cambio en la política interior de Francia. Desde los primeros días después del atentado se organizó un verdadero diluvio de exposiciones manifestando cuán indignado estaba el país de que naciones amigas concedieran hospitalidad á conspiradores y asesinos. Empezaron con estas exposiciones los presidentes del senado, del Consejo de Estado y del cuerpo legislativo; á estos siguieron los consejeros generales de los departamentos, muchas corporaciones, los jefes superiores del ejército y naturalmente toda la prensa adicta. Las quejas y ataques iban dirigidos en primer lugar contra la Inglaterra, pero también los hubo contra los Estados vecinos pequeños, la Bélgica, la Suiza y el Piamonte, y no se podía negar que en ellos existían los focos principales de las conspiraciones contra el imperio. No había más que mirar, dice Bulle en su obra alemana: *Historia de los últimos tiempos*, los escaparates de las librerías de Bruselas ó de Ginebra para ver cuánto veneno y malicia se reunían allí contra el bonapartismo. También los periódicos liberales de estos países tomaban parte en la lucha contra Napoleón, bajo la influencia de refugiados franceses. Por lo demás, en los tres países se apresuraron los gobiernos á atender á las quejas francesas. Mas adelante hablaremos del Piamonte. En la Suiza, á la cual Napoleón había favorecido pocos meses antes zanjando el conflicto de Neufchatel, el consejo federal se valió de sus atribuciones ordinarias para satisfacer á Napoleón; el gobierno democrático de Ginebra, que se resistió á efectuar la expulsión de diez y siete italianos, tuvo que ceder á la fuerza y el consejo federal rechazó su queja. También en Bélgica se apresuró el ministerio liberal bajo la presidencia de Rogier á satisfacer á Napoleón con proposiciones de ley respecto de la policía relativa á extranjeros y á ofensas hechas á regentes extranjeros, y las cámaras, en las cuales por fortuna este ministerio tenía una numerosa mayoría, no se resistieron á aprobar estas leyes.

En cambio amenazaban turbarse seriamente las relaciones con Inglaterra, ya bastante frías. En los círculos militares de París se deseaba la ruptura con aquella potencia. El mariscal Baraguey d'Hilliers, que ya había perdido un brazo, dijo con mucha fanfarronería que no le importaría perder también el otro con tal que fuese combatiendo contra un país que cubría con su bandera á semejantes monstruos. Otros decían que la copa estaba llena hasta el borde (1). El gobierno imperial se expresó con más moderación, pero Walewski pidió en una nota del 20 de enero al gabinete inglés garantías contra los conspiradores, diciendo que esto no lo podía negar ningún país á otro. Esta nota, publicada por el *Monitor*, conmovió necesariamente toda la nación inglesa, tanto más cuanto que Persigny, entonces embajador francés en Londres, se mostró muy altanero, lo que después se atribuyó por vía de excusa á informes intencionalmente equivocados de Walewski, que era su enemigo y deseaba poner en su lugar á una hechura suya (2). La indignación de la opinión pública en Inglaterra se manifestó muy energicamente en numerosos *meetings*; pero por otro lado creyó lord

(1) *Duque de Coburgo*, tomo II, pág. 416.

(2) Carta del príncipe Alberto á Stockmar, 27 de marzo de 1858.

Palmerston poder complacer al emperador de Francia, y propuso en 8 de febrero en el parlamento una ley que penaba con cinco años de trabajos forzados á todo conspirador contra la vida de una persona aunque ésta fuera extrajera. Esta complacencia tuvo por resultado la salida de Palmerston del ministerio; porque en 19 de febrero la cámara de diputados, á propuesta de Milner Gibson, aprobó por 234 votos contra 215 un voto de censura contra el ministerio, porque éste había propuesto aquella ley sin haber consultado primero como merecía al despacho amenazador de Walewski. De resultados de esto formó lord Aberdeen en 1.º de marzo un gabinete conservador, en el cual lord Malmesbury se encargó de la cartera de Negocios extranjeros. Malmesbury puso término en seguida al conflicto con Francia, y como Napoleón tampoco deseaba la ruptura, mandó decir á Persigny en 11 de marzo que su objeto no había sido sino llamar la atención del gobierno inglés sobre los conspiradores que vivían en Londres y que estaba muy lejos de exigir más, ni tampoco deseaba prolongar la discusión sobre este punto, ya que podría perjudicar á la dignidad y buena inteligencia de ambos países. Para mayor satisfacción nombró en lugar de Persigny, cuya salida de la embajada fué por lo demás muy sentida en Londres, á Pelissier, que como vencedor de Malakoff debía ser para los ingleses persona grata.

Más serias que estas pasajeras complicaciones diplomáticas, fueron las consecuencias que el atentado tuvo en la política interior de Francia. Fuese por el descubrimiento de una gran conspiración verdadera que hubiese espantado á Napoleón, ó que hubiese sido víctima en este sentido de exageraciones de las personas reaccionarias de la corte, el hecho fué que el emperador se decidió á tener las riendas de su gobierno más tirantes, después de haberlas aflojado un tanto desde la paz, para imponer silencio á la oposición extrema y perniciosas. Pocos días después de la apertura de las cámaras les fué presentada la ley de seguridad, que castigaba con cinco años de cárcel la excitación á la sublevación, la fabricación y el reparto de armas prohibidas y de proyectiles explosivos, y con dos años de prisión á cuantos entrasen en sociedades secretas, tanto dentro del país como en el extranjero, con el objeto de excitar el odio y al desprecio contra el gobierno. El ministro del Interior era el encargado de internar en Francia ó Argelia ó de expulsar del territorio francés á todas las personas condenadas según esta ley, la cual concedía el mismo derecho al gobierno contra todas las personas que hubiesen sido castigadas por un gran número de leyes que se citaban en la nueva, y en particular contra los condenados de mayo y junio de 1848, junio de 1849 y diciembre de 1851, siempre que hechos graves les hicieran nuevamente sospechosos. Estas disposiciones excepcionales debían durar siete años. El primer proyecto de esta ley había sido mucho más riguroso y lo había desechado el Consejo de Estado con el consentimiento de Napoleón; la ley definitiva, mucho más suave, fué aceptada solamente por 31 votos contra 27. Se atribuyó á Miguel Chevalier el haber combatido con mayor energía esta ley, contra la cual hablaron en el cuerpo legislativo además de Ollivier los marqueses de Andelarre y Talhouet; mas en la votación resultaron solo 24 votos negativos contra 217. En el senado hubo hasta un adversario de la ley, el general Mac-Mahon, que la rechazó á pesar de la advertencia de Vaillant, ministro de la Guerra, de que con esto perdería la esperanza de recibir el bastón de mariscal (3). Mac-Mahon dijo que aquella ley violaba los principios de 1789, dando á los ministros atribuciones de

(3) Senior, tomo II, pág. 161.

juez. Los demás 135 senadores aceptaron la ley del 25 de febrero sin objeción.

Habiéndose retirado Billault del ministerio del Interior, motivando su salida, en 6 de febrero, con la no aceptación de sus planes relativos á la reorganización de la policía, encargó el emperador el manejo de la nueva arma al general Espinasse, uno de los auxiliares más decididos y duros del golpe de Estado; y á mayor abundamiento le dió el emperador las instrucciones más energéticas (1), diciéndole entre otras cosas el 15 de febrero: «El cuerpo social está roído por enemigos de los cuales tenemos que desembarazarnos á cualquier precio. También entre los prefectos los hay que á pesar de sus protectores deben ser destituidos, y en este punto cuento con el celo de usted. No trate usted de tranquilizar con una benignidad inoportuna á los que han visto con terror su entrada en el ministerio. Es preciso que le teman á usted, pues de otro modo no tendría razón de ser su nombramiento.»

Espinasse, fiel á estas instrucciones, llamó á los prefectos á París, indicó á cada uno de ellos el número de prisiones que había de efectuar en su departamento, y al ser preguntado á quiénes habían de prender, contestó: «Yo digo el número de prisiones, lo demás es cosa de ustedes.» Se calcula el número total de las víctimas de esta orden en unas 2,000, en lo cual concuerdan bastante todos los autores. Fueron desterrados á Argelia unos 300, según Helie, y según otros más de 430. Eugenio Tenot y Antonino Dubost, en su libro: *Les suspects* en 1858, publicado todavía bajo el imperio en 1869, refieren horrores de la violación infame de toda justicia y de todo sentimiento de humanidad, así como de las venganzas personales y de los actos de codicia á que dieron lugar estas prisiones. Aunque no se puede decir que el emperador ignoró personalmente estos abusos de la fuerza, siempre era el responsable de todo, por ser obra de sus órganos. Por lo demás, estaba personalmente en aquellas semanas poseído de un humor exacerbado y negro. Cuando en el cuerpo legislativo se manifestó entonces la oposición contra nuevas exigencias de Hausmann, dirigió Napoleón violentas reconvenciones al diputado Calley de Saint-Paul, suegro de Fleury, por su oposición, y al disculparse éste con su deber de diputado de vigilar la administración, le contestó: «Cuando se piensa así no se solicita el apoyo del gobierno (2).» Las segundas elecciones, que justamente entonces se estaban verificando, indicaron al emperador que la masa de los electores no se dejaba ya atemorizar, y si por un lado se retiraron los candidatos liberales Havin y Peyrat, por otro fueron elegidos Julio Favre (en 27 de abril) y Ernesto Picard (10 de mayo 1858), refuerzo oratorio valioso para el pequeño grupo de la oposición.

En aquella época (3) corrían voces de que Espinasse no gozaba ya del favor del emperador, y en efecto, fué destituido á mediados de junio, siendo el motivo visible un conflicto con el clero. El ministro se había propuesto obligar á los establecimientos de beneficencia á vender sus bienes, calculados en quinientos millones de francos, que solo producían dos y medio por ciento de interés, y á emplear el capital obtenido en la venta en títulos de la renta francesa. A esto se opuso el clero y el emperador lo apoyó, á consecuencia de lo cual Espinasse presentó su dimisión; mas la exposición que dirigió al emperador para justificar su conducta prueba que los motivos verdaderos de su dimisión fueron otros (4), pues en

(1) *Papiers secrets*, pág. 308.

(2) Viel Castel, tomo IV, pág. 269.

(3) Viel Castel, tomo IV, pág. 262 (24 de abril).

(4) *Papiers secrets*, pág. 308.

ella dice que la situación de entonces se parecía á la de 1851 y si el peligro no hubiese sido tan grande en aquella fecha, el golpe de Estado parecería el acto de un ambicioso vulgar que aprovecha en beneficio suyo algunos desórdenes pasajeros. El hecho de haber saludado el país á Napoleón como salvador probaba que el peligro era tan grande que ni seis años de paz y tranquilidad lo hubieran podido apartar, conforme lo atestiguaban los trabajos de los demagogos en las elecciones y el atentado de Orsini. Después dice en su memoria que no había cambiado la situación en lo principal y que cabalmente entonces se observaba en París una fuerte tendencia á favor del orleanismo, y en varios puntos de las provincias un movimiento notable en sentido legitimista, mientras que el gobierno tenía en sus manos abundantísimas pruebas de trabajos demagógicos. Después de esto, rechazaba Espinasse en su exposición la acusación de celo excesivo, diciendo que el emperador mismo le había echado en cara que carecía como todo militar de valor cívico, porque no había enviado advertencia ninguna á ningún periódico y ni siquiera había suprimido el *Sécle*. Si algunos errores se habían cometido eran por culpa de los prefectos, que se habían servido de las actas de 1852 sin tomarse el trabajo de rectificarlas según la experiencia hecha posteriormente. Al final de su exposición rehuía la responsabilidad de la mala marcha del comercio, señalando las consecuencias de la crisis de 1857 que se dejaban sentir en todos los países.

Esta justificación no modificó la resolución del emperador. En 14 de junio fué reemplazado por Delangle, que como presidente del tribunal imperial había dirigido la causa criminal de Orsini y que además era uno de los servidores más celosos del emperador y no pretendía adquirir importancia política personal. Mas significativo que este nombramiento fué el del príncipe Napoleón, que desde febrero ocupó ya un puesto en el ministerio, y en 24 de junio fué nombrado jefe de un nuevo ramo administrativo, el de las colonias y Argelia. Teniendo el príncipe fama de liberal, el público vió en su nombramiento y en la retirada de Espinasse el comienzo de una tendencia más expansiva. Solo las personas muy bien informadas vieron en todo esto la verdad, es decir, la decisión del emperador de intervenir seriamente en los asuntos de Italia.

## CAPITULO VI

### LOS COMIENZOS DE CAVOUR

Se dice y por muchos motivos es también probable que el emperador desde el atentado de Orsini estaba cada día más convencido de que solo podía desarmar á los conspiradores más peligrosos si hacía algo en favor de Italia; pero además de esto, debieron de influir en su ánimo simpatías antiguas á favor del país del cual descendía su dinastía y cálculos políticos que le impulsaban á buscar la amistad de Italia. Esperaba hacer á Italia independiente de la influencia austriaca y suplir esta influencia por la francesa, pensando al mismo tiempo adquirir para la Francia la Saboya y hasta Niza y extender además la preponderancia de la Francia en el Mediterráneo. Véase ya en su imaginación jefe de las naciones neolatinas, y con esto no dudaba que proporcionaría á Francia la verdadera y más sólida base de su preponderancia en Europa. No olvidó tampoco la aureola moral que adquiriría como adalid del principio de las nacionalidades y la gloria de poder sustituir por este camino á las odiadas condiciones del congreso de Viena un nuevo orden de cosas europeo. Desde la alianza con el Piamonte en la guerra de Crimea, y mucho más desde la presencia de Cavour en el congreso de París, estaba

convencido de haber encontrado en este hombre de Estado un auxiliar de confianza y de superior inteligencia para sus planes; y si antes del atentado de Orsini había vacilado todavía algunos años, como tenía de costumbre, en acometer con decisión esta empresa osada, después del atentado se decidió á obrar en el plazo de algunos meses, y en mayo ya había avisado á Cavour confidencialmente que había llegado el tiempo de entrar en acción.

Camilo Benso, conde de Cavour, había conseguido en pocos años hacerse en el gobierno del Piamonte el primer personaje después del rey y conquistarse un puesto distinguido entre los diplomáticos europeos. Partidario de la libertad desde su infancia, le hastió la carrera militar, á la cual le había destinado su padre, y á los veintiún años, en noviembre de 1831 (había nacido en Turin el 10 de agosto de 1810), dejó el servicio militar. Pero por grande que fuese su entusiasmo por la libertad y por la unidad de Italia, guiado por la prudencia y acaso también por su sentimiento independiente, se abstuvo de toda unión con las sectas secretas que querían conseguir su objeto por el camino de las conspiraciones. Retirado al campo, se dedicó á estudios económicos y á la agricultura práctica, y grandes viajes por Inglaterra, Francia y Suiza ensancharon su horizonte y enriquecieron sus conocimientos con observaciones que deseaba utilizar para su patria. Con sus trabajos periodísticos y mucho más con su actividad fundando y dirigiendo sociedades de utilidad general, especialmente la Sociedad de Agricultura, fué llamando la atención pública hácia su persona. Donde pudo se hizo notar por su actividad en el fomento de la prosperidad material de la nación, presentándose sin reserva partidario del libre-cambio, cuyo triunfo en Inglaterra le llenó de alegría. Tampoco ocultaba su fe política ni su esperanza de una gran conmoción en Europa, á cuyo favor la Italia se libraba del dominio extranjero. «El tiempo de las conspiraciones, escribió (1), ha pasado; la libertad de los pueblos no puede ser el resultado de una conspiración ni de una estratagema; solo puede ser la consecuencia forzosa del progreso de la civilización cristiana y de la ilustración cada día más extendida... y será efecto de uno de aquellos sucesos que pueden llamarse Providencia divina.» Veía en el rey del Piamonte el instrumento destinado por la Providencia, cuya familia se había elevado ya en tiempos remotos á la primera dinastía de Italia y á la cual aguardaba en el porvenir un destino muy grande todavía. A pesar de estos pensamientos el rey Carlos Alberto le consideraba el hombre más peligroso de su reino, al mismo tiempo que los demócratas le llamaban en són de mofa «Milord Camilo» y le tenían por el mayor reaccionario del país, por lo cual consideraron como un rasgo de anglo-manía que pidiese un gobierno constitucional á principios de 1848. En su aspecto personal y físico, y en su ilustración práctica, dirigida á cosas positivas, no había nada que pudiera hacerle popular. «Le perjudicaba — dice Brofferio en su *Historia del parlamento sub-alpino* (tomo I, pág. 145), que escribió por orden del rey en el año 1865 — su corpulencia y aspecto vulgar, sus gestos toscos y su voz desagradable. No tenía ni traza de instrucción literaria ni artística; la filosofía era para él un libro cerrado, y en su imaginación no brillaba el menor destello de poesía. Las palabras salían de su boca ásperas y en giros torpes, y habría sido imposible poner sus frases en consonancia con la gramática italiana.» Esta pintura poco lisonjera del antiguo adversario del autor citado, necesita ser completada por otras cualidades que dieron á conocer la importancia de Cavour. Su alta y abultada frente daba indi-

(1) Chiala, tomo I, pág. 61.

cio de una inteligencia extraordinaria; la mirada suave y plácida de sus ojos azules en momentos de tranquilidad, se transformaba en momentos de conmoción en rayo magnético que atravesaba los cristales de sus gafas; en los extremos de su boca, cuya expresión era fría y ajena á toda sensualidad, empezaban á formarse en aquel tiempo dos pequeñas arrugas, cuyo movimiento fué desde entonces señal segura de una violenta agitación interior; y cuando se veía enredado en un debate apasionado, manifestaba una dialéctica aguda y brillante, que á veces se elevó, como confiesa también Brofferio, á las regiones superiores adonde solo llegan los grandes poetas y oradores. Por lo general, sin embargo, se advertía que le faltaba, según el testimonio de Massari, la indispensable instrucción clásica que Cavour mismo admiraba en la elocuencia parlamentaria de los ingleses, tan robusta y variada. En las primeras elecciones para el parlamento piomontés en marzo de 1848, fué derrotado Cavour; pero ya en junio triunfó en cuatro distritos y se presentó después como diputado de su ciudad patria en los bancos de la derecha del parlamento. Allí sus opiniones discreparon con tanta frecuencia de la política del ministerio, y Cavour mismo expresó tan rudamente estas discrepancias, que su mismo partido le consideró desde el primer día con recelo, «como miembro indisciplinado y ambicioso.» En la izquierda estaba todavía peor visto, porque á cada paso se mostraba contrario á sus proposiciones revolucionarias, y así no le fué posible conservar su puesto en la cámara en las nuevas elecciones de enero de 1849. Solo en las semanas decisivas que precedieron á la batalla de Novara pudo trabajar en favor de la causa nacional por medio de su periódico el *Risorgimento*, y más adelante escribió con amargura (2): «Si entonces hubiese tenido yo en mis manos el poder, habría salvado al país sin ser un gran genio y ahora ondearía nuestra bandera en los Alpes de Estiria.»

La situación de Italia se había hecho tan aflictiva que los más valerosos podían perder toda esperanza. La derrota de los piomonteses cerca de Novara el 23 de marzo de 1849, la sofocación del levantamiento de Sicilia, quince días después escasamente, y por último la toma de Roma por los franceses en los últimos días del mes de junio del mismo año, habían señalado el fin del levantamiento nacional de 1848 y entregado de nuevo la península á la dura suerte del dominio extranjero y de la policía. Desde entonces había en Roma tropas francesas, en las Legaciones pontificias y en los ducados tropas austriacas. Entonces empleó Napoleón su influencia cerca del Papa para que se hicieran reformas prudentes, se indultara á los revolucionarios, se confirmara la constitución de 1848 y se abandonara el gobierno de los cardenales; pero todos sus esfuerzos se estrellaron contra la obstinación del Papa, que sabía muy bien que su protector no se atrevería á romper con él, por serle indispensable el apoyo del clero francés. Mucho mayor fué la influencia del gobierno austriaco cerca de la Santa Sede, el cual mostró su espíritu correctamente católico con la firma del concordato de 1855 y no protestó contra la reacción y los abusos del gobierno clerical. Como el gobierno austriaco mantuvo sus tropas no solamente en la Romagna, sino también en Toscana, Módena y Parma, resultó que toda la Italia septentrional y central se hallaba militarmente en su poder. El gobierno de Nápoles adoptó el sistema austriaco, persiguiendo en todas partes al liberalismo de la manera más odiosa y perjudicando la prosperidad del pueblo con los peores extravíos y errores administrativos. Solo en Toscana estaba la situación

(2) Chiala, tomo I, pág. 378 (en su carta á la condesa de Circourt).

algo mejor, gracias al carácter humanitario del gran duque Leopoldo y al gobierno más inteligente de su ministro Baldasseroni; pero ni estos pudieron librarse enteramente de la influencia austriaca, de suerte que el único Estado sobre el cual podían apoyarse las esperanzas de los patriotas italianos era otra vez, como antes de 1848, el Piamonte.

Cavour fué de los pocos que no perdieron ni en el primer momento el valor y la confianza. «Mientras en un rincón de la península se mantenga todavía viva la libertad, mientras

el Piamonte se pueda sostener, escribió en 1849 á Salvagnoli (1), no hay que desesperar del porvenir. Estando el Piamonte libre del despotismo y la anarquía, habrá medio de trabajar eficazmente en el renacimiento de la patria.» Profesando estas ideas, era natural que se presentara otra vez como candidato en las elecciones del mes de julio de 1849, y en efecto salió elegido. Mas á pesar de tomar parte muy activa en los debates, no llegó á ser apreciado todavía como lo fué después, sino que ocupó una posición intermedia entre



Máximo de Azeglio (según fotografía)

el ministerio Azeglio, que pedía la aprobación incondicional de la paz con Austria, y la izquierda, que quería la paz con ciertas condiciones. Esto fué causa de que Cavour no gozara en aquel corto parlamento de la confianza de ningún partido. Solo en la cámara mucho más conservadora que fué elegida en 9 de diciembre de 1849, encontró terreno firme; y su apoyo enérgico dado al proyecto de Siccardi, ministro de Justicia, relativo á la abolición de la jurisdicción eclesiástica, proyecto que fué combatido vivamente por la derecha de la mayoría, procuró á Cavour la importancia que en adelante gozó como hombre de Estado. El gran discurso que pronunció el 7 de marzo de 1850 le valió los aplausos entusiastas del parlamento. Era no obstante de temer que su empuje á favor de grandes reformas llegara á ser funesto para la mayoría del parlamento, compuesta de elementos muy distintos; y cuando le propuso, no sin graves escrúpulos, el presi-

dente del ministerio, Azeglio, por sucesor del ministro de Agricultura, Santa-Rosa, que acababa de morir, le observó Víctor Manuel: «¿No vé usted que les volará á ustedes todos?» No obstante estos escrúpulos, no solamente fué nombrado Cavour ministro, sino que fué destituido el de Instrucción, Mamelli, cuya salida había puesto Cavour como condición de su aceptación.

La oposición juzgó casi como una fortuna el nombramiento de Cavour y el hábil Rattazzi se le acercó con el centro izquierdo, mientras el partido conservador del ministerio empezó á inquietarse. Desde entonces fué más manifiesto cada día que el nuevo ministro se iba imponiendo á sus colegas. Sin estar autorizado por ellos, dió las explicaciones más importantes que se pedían al ministerio y en 30 de enero de 1851

(1) Chiala, tomo I, pág. 382.